

LAS RUINAS DE CUICUILCO

PUEDEN HACER CAMBIAR LA HISTORIA DE LA ANTIGUA AMÉRICA

Se está descubriendo actualmente en México un terraplén cuidadosamente cubierto y preservado por grandes corrientes de lava, hace setenta centurias por lo menos.

Por Byron Cummings, Profesor de Arqueología en la Universidad de Arizona.

Mil años poco más o menos antes que Faraón dirigiera los esclavos que iban a construir la gran Pirámide de Egipto, y cinco mil antes que los Asirios mezclaran su sudor con la argamasa que había de pegar los ladrillos del gran Palacio de Senaquerib, un antiguo jefe Indio del Valle de México, obligaba a sus súbditos y esclavos a levantar la poderosa construcción en la cual se tributaría culto a los dioses de su tierra.

Los habitantes de la llanura de Mesopotamia levantaron espléndidas plataformas y construyeron extensos palacios para honrar a los vigorosos gobernantes de sus dominios; el pueblo del Valle del Nilo levantó macizas pirámides que servirían como tumbas de sus jefes políticos y religiosos; pero en México las multitudes trabajaron con desazón, y se esclavizaron en la construcción de grandes pirámides en las ciudades principales, destinadas a servir como templos de sus dioses.

Un Valle bautizado con fuego.

El Valle de México está circundado por una cadena de montañas, a lo largo de la cual se destacan redondeados cráteres que hablan elocuentemente de los repetidos *Bautismos de fuego* que la Madre Tierra ha hecho a los lugares circunvecinos.

Mientras la destrucción imperó por las continuadas visidas del colérico Dios del Fuego, por doquiera reinó el terror, a pesar de que, la Tierra, enriquecida

por estas circunstancias, llegó a ser un verdadero tesoro que necesitaba tan sólo ser tocado para producir cuantiosos frutos que servirían de deleite a los humanos. Aquí ha tenido lugar un nuevo Jardín del Eden, donde los dioses gustaban padecer y trabajar con las sucesivas generaciones de los hombres.

Precisamente al E. del paso que conduce del Valle de México al de Cuernavaca, se levantan las irregulares crestas del antiguo monte Ajusco, de cuyos cráteres maravillosos han brotado muchas lluvias de cenizas y de piedra pómez, y muchas corrientes de lava que inundaron las llanuras bajas. El más reciente de estos cráteres es una enorme cuenca de cerca de 1.500 pies de diámetro y de 300 de profundidad que se levanta en el declive norte del sistema de Ajusco, 10 millas al S. de Tlalpam. La cima coronada de bosque de este cráter llamado Xitlí, forma un vistoso mojón en la parte superior y hacia la derecha del ferrocarril, cuando uno se dirige hacia la eminencia del paso, yendo de la ciudad de México a Cuernavaca.

Por esta inmensa cuenca arrojó el volcán una corriente de lava negra que corrió por el declive N. de la montaña y por el fértil valle inferior. Esta corriente inundó la antigua Zacatepec, una de las colinas levantadas por la primera de las erupciones del más alto de los cráteres del Ajusco, al lado de San Angel, al N. y hacia la parte exterior del E. de Tlalpam. Al mismo tiempo bajó barriendo la parte norte y serpenteó por las tierras allí situadas, tratando de subir a los declives de una baja colina que los naturales de hoy día llaman *Sn. Cuicuilco*.

La corriente de lava se presentó probablemente hace 7,000 años.

Esta enorme lengua de negra y pedregosa lava dió el nombre a "El Pedregal" (sitio de piedras) en una extensión poco más o menos de 15 millas de largo por 3 de ancho y con una profundidad que varía desde 5 hasta 30 pies. Su superficie es rugosa y tostada, y por todas partes se encuentran profundas hendeduras y abiertas gargantas y hondas cisternas. Su áspera y dura superficie está como desafiando las edades, y los caminos que la atraviesan en toda su extensión, transitados por los habitantes de la región durante muchos siglos, apenas muestran perceptible desgaste.

Los Geólogos han viajado por el Pedregal y explorado su fragosa superficie; han estudiado su flora y el origen de sus corrientes de agua, y han llegado a deducir diferentes conclusiones acerca del tiempo en que la inundación de lava tuvo lugar.

La autoridad más fidedigna en consideración a su posición en nuestra Cronología, es Mr. Georg E. Hide, Geólogo de Nueva Zelanda, que estuvo durante los inviernos de 1921 y de 1922 haciendo los estudios del Valle de México, comisionado por el Gobierno Mexicano.

Mr. Hide dice que el Pedregal se formó hace por lo menos 7,000 años, o sea al rededor de 5,000 antes de la Era cristiana. Si según parece las tradiciones respecto de la erupción de Xitli, no se censervan entre los Aztecas u otros Indios de la región; y si las señales exteriores del Pedregal indican evidentemente que dicha erupción tuvo lugar mucho tiempo há, ¿no es acaso razonable asignar la fecha más antigua a una catástrofe que trajo tan terribles consecuencias, que su recuerdo, sin duda alguna, se habría conservado a través de muchas generaciones?

Es evidente que antes de la erupción de Xitli, una población numerosa ocupaba esta parte del Valle, y si la capa de lava conocida con el nombre de El Pedregal, pudiese ser removida, las ruinas de las casas y de las aldeas serían descubiertas. (1)

La colina de San Cuicuilco, de la cual se ha dicho que fué rodeada por la corriente de lava, está situada cerca de la ciudad de San Fernando, en Tlalpam. Esta es una próspera ciudad que queda poco más o menos 12 millas al S. México y al N. de la base de la montaña de Ajusco.

El Dr. Manuel Gamio, director de Antropología en la Oficina de Agricultura y de los Trabajos Públicos de México, había observado esta lava que rodea la co-

(1) En San Angel, el Gobierno Mexicano ha llevado a cabo numerosas investigaciones debajo de la lava de El Pedregal. De numerosos túneles que se han hecho se han sacado esqueletos, muchas obras de alfarería y herramientas de piedra. Los artefactos dan a conocer una civilización que los arqueólogos Mexicanos clasifican de Arcaica y que respecto de la clasificación universal, pertenece a la primera civilización neolítica en la Edad de Piedra. En otros puntos del Pedregal, otros artículos similares hechos por el hombre han sido encontrados.

lina, invitó al que ésto escribe a examinarla. El resultado de la visita fué un plano para la investigación y excavación del terraplén.

El Gobierno Mexicano por conducto de la Oficina del Dr. Gamio, convino en proporcionar el personal y los materiales necesarios, y el que ésto escribe, se encargó de la dirección de las excavaciones y de la consecución de los datos.

Unos pocos días después de comenzar operaciones, algunos de los trabajadores declararon que a las 6 de la mañana del 4 de mayo, una luz se veía en la parte alta de San Cuicuilco y que luégo pasaba lentamente al través del Pedregal, dirigiéndose hacia la cresta de Zacatepec, otra colina que está situada al E. Esto fué juzgado por los trabajadores como señal evidente de que había tesoros en ambas colinas, y después de ésto numerosas fueron las consejas que circularon acerca de los tesoros enterrados en la colina por los Astecas y por los Españoles.

Los Españoles y los mestizos, principalmente vigilaban nuestras labores con ojos de lince, y, en ocasiones, cuando estábamos explorando sitios que les parecían particularmente favorables, se entraban furtivamente a los trabajaderos y trataban de excavar igualmente.

Algunos declaran que un antiguo jefe Indio había sido confinado al Pedregal por los Astecas; habiendo arrastrado a sus secuaces tras sí, prosperó, a pesar de lo inhospitalario de la región. Más tarde fué enterrado allí, con cuantiosos tesoros y el terraplén cubrió su tumba años después. Otros aseguran que los españoles en los tiempos de las contiendas civiles y antes que se estableciera el gobierno de una manera estable, ocultaron tesoros en San Cuicuilco que nunca jamás fueron desenterrados.

Esta llanura cubierta de lava ha sido también el refugio de criminales, revolucionarios y de todos aquellos que no estaban de acuerdo con las ideas del partido político dominante. Más de un hombre puede, sin duda, señalar la caverna que le abrigó con toda su familia por semanas, y aun por meses. Aun ahora, las gentes que viven cerca del lugar, raras veces se aventuran a salir solas después de que la noche ha llegado. Pero como progresasen los trabajos, la mayor parte

del pueblo vino a confirmar la verdad de nuestras razones: en realidad, los habitantes de San Cuicuilco no tenían ni oro, ni plata, y no disfrutaban sino de muy pocas cosas que a la hora de ahora pueden tener algún valor.

Un terraplén artificial gigantesco levantado por los antiguos americanos.

San Cuicuilco está lleno de espectación. Se ha probado que él no es otra cosa sino un terraplén artificial, cubierto en el curso de las edades. Su estructura primitiva tenía la forma de un cono truncado, de 412 pies de diámetro por 52 de alto. La forma redondeada de la edificación está en armonía con el aspecto circular que presentan las casas más antiguas. La parte alta forma una extensa plataforma de 290 pies de diámetro, donde tenían lugar, probablemente, las danzas ceremoniales. El nombre Cuicuilco, palabra indígena, de origen antiquísimo, da la idea de los cantos y de las danzas, las dos más importantes y esenciales ceremonias religiosas de los primitivos americanos.

La estructura del terraplén consiste en un muro exterior de roca de 70 pies de espesor, que en su parte superior soporta un morrete de tierra. Este muro está formado por terrones y cascarones de lava amontonados y unidos de una manera compacta. La superficie exterior está inclinada unos 45 grados y constituida por anchos y toscos bloques de lava, muchos de ellos de 3 y hasta 4 pies de longitud, cuya extremidad más pequeña mira hacia el centro, formando ángulo recto con la superficie, y descansan sobre los cascarones de lava más pequeños.

El estilo de la superficie de la mazonería es rústico y gigantesco, y muy poco empeño pusieron sus constructores en presentar una superficie lisa en la parte exterior de los cantos rodados. Los orificios que quedaron en una y otra parte fueron rellenados con piedras pequeñas, pero en las partes en donde la roca era suficientemente sólida, fueron dejados al descubierto. Ningún material distinto de las piedras fué empleado para el efecto de llenar las hendeduras.

Los antiguos arquitectos no hicieron ningún esfuerzo para fraccionar los toscos bloques, a fin de hacerlos adaptar convenientemente para conseguir de es-

te modo, que la superficie exterior resultara pulida. La inclinación de la superficie y el gran peso de los bloques de basalto y antracita, han conservado intacto el muro, y solamente pequeñas porciones de los bordes se han desmoronado, y eso tan sólo después que el terraplén fué cubierto por la capa de lava.

La base del cono está realmente 25 pies más abajo de la superficie del terreno, que actualmente lo rodea; y la parte superior está cubierta por una capa de 25 pies de espesor compuesta de materias volcánicas. En las terrazas, y también pegadas en muchas regiones de los declives, se encuentran materias volcánicas similares. Sobre éstas se ve una capa de tierra vegetal y arcillosa, acumulada en el curso de los siglos por las lluvias periódicas y las estaciones secas.

Durante mucho tiempo han nacido pimientos en la cima del terraplén y extendido sus raíces a través de los muros sustentores que generaciones de hombres habían construído a lo largo de los declives.

En estos muros, y en grandes morretes de roca y de tierra encontrados al Suroeste de la plataforma, aparecieron muchas piedras desgastadas por el agua, y que probablemente provienen del lecho de algún río que al presente corre quizás debajo de la lava del Pedregal.

Los cantos rodados usados en la construcción del terraplén son anteriores a la lava de El Pedregal.

En el centro de la parte superior de la plataforma y 8 pies más abajo de la capa formada por las materias volcánicas y la tierra vegetal, se encuentra un altar rústico, hecho de cantos rodados y de greda; tiene 22 pies de largo y 9 de ancho. Los rincones de este altar son redondeados, y en la mitad que mira al Oriente se distingue una plataforma que se levanta 2 pies sobre el pavimento de la mitad occidental y que está rodeada por un muro cuyo borde exterior se eleva un pie más arriba. El altar tiene en esta parte forma de herradura.

Los demás restos del altar que quedan sobre la plataforma de cantos rodados, descansaban en arena y en greda. Esta plataforma, en lo que se refiere a los restos que quedaron sobre el pavimento de greda endurecida, que fué destruído, está alisada y pulida debido

al tráfico continuado de muchas generaciones de hombres.

La plataforma de roca y greda tiene un diámetro de 55 pies, pero la extensión del pavimento arcilloso que queda en la parte inferior no ha sido determinada aún. Debajo de este pavimento hay otros dos, de los cuales el inferior está al nivel de la plataforma principal del cono truncado.

La lava petrificada encontrada en diversas partes de la construcción, tanto en lo más antiguo como en lo más nuevo de ella, proviene de una erupción que antecede a la que formó el Pedregal, la cual, como queda dicho, ocurrió hace muchos miles de años. Ninguna porción de lava del Pedregal ha sido encontrada, ni en los muros, ni en la pila de roca y tierra que se halla en la parte alta del terraplén.

Diseminados al rededor de la base se encuentran troncos y cascarrones de lava de tipo similar a los hallados en la construcción. Parecen haber rodado por los declives, procedentes de los bordes de los muros superiores, acumulándose al fin en grandes montones, en la parte baja. Sobre estos montones se depositó una capa de terrenos volcánicos, de 12 a 15 pies de espesor, de naturaleza similar a la que cubre la plataforma y las terrazas. Las acumulaciones así formadas, son más espesas en la base, y disminuyen a medida que se extienden por los declives de los muros hacia la primera terraza. Sobre estas acumulaciones se encuentra una capa de tierra gredosa llena de terrones de lava, procedentes de los muros de la terraza derruida, en la construcción principal.

Terraplén cubierto y conservado durante muchos siglos por la lava.

En el fondo de los montones de superficie gredosa y rocosa, se encuentra un estrato cuyo espesor varía desde 5 hasta 18 pulgadas, formado por un material carbonizado y negruzco, resultado de una rigurosa temperatura. Bajo la lava hay una masa quebradiza que aquí y allá presenta orificios llenos de arena negra o de ceniza.

A cada lado se han encontrado las negras y repugnantes máscaras del Pedregal que oprímian sus luegas narices contra la cubierta de lava del viejo Cuicuil-

co, hasta que fueron aplastadas, redondeadas y enterradas, muy profundo, en el suelo. En algunos sitios, donde la más suave pendiente de la superficie lo permitió, la lava ascendió, dejando muy abajo el suelo natural y dando al gran templo, por decirlo así, un abrazo de hierro.

En el lado oriental, una gran plataforma de 30 pies de longitud por 70 de anchura, se extendía en una ladera desde la primera terraza. Muchos de sus muros habían caído y habían sido sepultados bajo la arena y las cenizas, antes que la lava del Pedregal se arrastrara sobre ellos, formando una capa de 10 pies de espesor.

Estos 15 a 17 pies de arena, arcilla y roca que se habían acumulado sobre el suelo que rodea a Cuicuilco, antes que la inundación de la lava tuviese lugar, demuestran que sus constructores habían vivido y trabajado miles de años antes de formarse El Pedregal. Es por tanto lógico afirmar que este templo fué construído por los primitivos Americanos que vivieron hace 8,000 años, poco más o menos.

De este modo las fuerzas naturales, en las cercanías del volcán de Ajusco, han trabajado, en el curso de las edades, principalmente para cubrir y conservar este trabajo de los antiguos Americanos.

Las excavaciones pueden hacer cambiar los conocimientos que tenemos de la antigua América.

El Tiempo es maravilloso nivelador, y la naturaleza es también muchas veces, sorprendente conservadora de los anales del progreso del mundo, que pueden estimular a los hombres a hacer profundas investigaciones de sus fuerzas, y de la cooperación que el hombre ha tenido en la inteligencia y dominio de esas fuerzas y de los materiales por ellas producidos.

Cuicuilco nos presenta actualmente de una manera positiva y clarísima un capítulo de la Historia del hombre en el Continente Americano que muchos habían creído no existía. Sus toscos y macizos muros y sus sencillísimos contornos, muestran el principio de la Arquitectura pública en la América del Norte. Sus colosales proporciones y grandes masas de materia, son señales evidentes de la primitiva política y organización social, y demuestran a las claras los maravillosos resul-

tados de la cooperación humana en la sociedad primitiva.

Sus burdos y toscos instrumentos de piedra, sus informes objetos de alfarería, en los cuales se distinguían ocasionales ensayos de decoración por medio de líneas cortadas, o puntos, o de relieves moldeados burdamente; sus ensayos infantiles al pretender representar la figura humana en imágenes de greda y en ídolos; en una palabra, todo, muestra los preludios del dominio de los materiales y la próxima aparición de ojos, manos e inteligencias maestras.

Cuicuilco no es fastuoso. No nos asombra con sus hermosas construcciones de mazonería, con sus fachadas diestramente talladas y sus pintadas telas. Su Arquitectura fué sólida y sencilla, dedicada a las fuerzas poderosas de la tierra y del aire. Sus decoraciones fueron pobres e informes; el hombre no había llegado todavía al período en que su imaginación podía revolucionar y dirigir sus actividades; y sus manos, aún no habían alcanzado suficiente habilidad y maestría, para interpretar sus aspiraciones. Edades debían pasar para que el hombre buscara la verdadera vía que le condujera a un conocimiento más amplio de sí mismo y del Universo, y hacia una más variada y más real expresión de lo que él sentía y veía a su alrededor.

Cuicuilco precursor del ornato en la Arquitectura Americana.

Cuicuilco representa los efectos de una insensible y vigorosa juventud que empezaba precisamente a sentir su energía, y trataba ocasionalmente de expandirse y consultar al espíritu para enseñarse a sí misma.

Esta construcción es el origen de aquella maciza arquitectura, cuyas ruinas se encuentran en todas las alturas y valles que se extienden desde Zacatecas hasta Panamá y desde Guerrero hasta Yucatán. Sus muros son toscos y macizos, pero sin embargo conservan una hermosura de contornos que indudablemente inspiró a los descendientes de sus constructores, la manera como hicieron las pirámides colosales, las anchas plazas pavimentadas, los muros hermosamente decorados de Teotihuacán.

La Pirámide del Sol, la Ciudadela y el Templo Adornado de Quetzalcoatl, hablan elocuentemente de la na-

ravillosa organización de los Toltecas y la gran maestría que sus artistas habían adquirido. Así como en los países antiguos que bordean el Mediterráneo, se puede fijar con precisión el desenvolvimiento de las artes de construcción y de decorado, desde la informe y gigantesca mazonería de Tiro, hasta el hermoso templo de Atenea en la Acrópolis de Atenas, así también se puede seguir el desenvolvimiento de la antigua Arquitectura Americana y de la decoración arquitectónica en el Valle de México.

Esta fué una tierra de humanas hazañas que dejó recuerdo impercedero, extendiéndose muy lejos en el oscuro origen de los ensayos que el hombre ha hecho para entenderse a sí mismo, y establecer sus propias relaciones con las fuerzas que actúan a su alrededor. ¿Podrá compararse esta Historia del trabajo humano en América con la del Antiguo Egipto o con la tan afamada de Grecia?

La Historia del hombre en América comienza miles de años antes de Cristo.

Las conclusiones deducidas del estudio de varios dialectos de los Indios de América, y los hechos que Cuicuilco pone de manifiesto, afirman que la Historia del hombre en Norte América comenzó muchos siglos antes de la era cristiana.

Dondequiera que los antecesores de los nativos Americanos hayan tenido su origen, es cierto que éstos habían poblado extensamente ciertas regiones de nuestro continente, donde alcanzaron a conocer solamente los primeros rudimentos de la cultura, mientras que otros miembros de la familia humana, estaban luchando con problemas semejantes a los suyos, y bregando por alcanzar la civilización en otras partes del mundo.

Las huellas del desenvolvimiento de la humanidad se pueden reconocer tan fácilmente en el Valle de México como en Mesopotamia o en el Valle del Nilo. Puntas de flechas y de lanzas burdamente talladas en piedra y cuchillos que se dejaban para tallar finísimamente las puntas, y las cuchillas aplanadas de raro arte humano; hachetas de piedra hermosamente moldeadas y pulidas y las hachas de guerra, son finalmente reemplazadas por las hachas de cobre.

Los progresos de la ornamentación de las personas pueden ser estudiados en las informes asas de piedra y de barro; en los bordes doblados para elaborar con tino las joyas trabajadas en oro y en las piedras grabadas. Los utensilios domésticos ponen de manifiesto los diversos períodos de maestría y adaptación en el manejo, de los martillos de piedra, de las piedras para moler, seleccionadas entre los cantos rodados de los lechos de los ríos y de las orillas de los lagos, empleados en la confección de tazas, cántaros y ollas hermosamente moldeadas en barro y quemadas, esmaltadas y decoradas con esinero.

El desenvolvimiento del arte de tejer se reconoce observando los diversos objetos, desde las rústicas canastas y telas ordinarias, hasta los trajes y mantas finamente bordados, en gran variedad de materiales, dibujos y colores.

Un tipo distinto de hombre se desarrolló en América.

La Escultura se encuentra en dondequiera, desde las informes imágenes de piedra, hasta las estatuas de tamaño natural y colosales, representativas de los hombres, de figuras geométricas intrincadísimas y símbolos trabajados con maestría. Así, en toda clase de material conocido y usado por el pueblo prehistórico, se puede fijar, punto por punto, la inteligencia y habilidad del hombre gradualmente perfeccionadas por las circunstancias.

Estos conocimientos del dibujo y de las combinaciones de los colores; esta habilidad en la forma y en la proporción de los trabajos hechos con gran variedad de sustancias, y el tino en la dirección de los hombres y de los materiales empleados en la construcción de hermosísimos palacios y de grandes templos, son los resultados obtenidos por un pueblo después de siglos y siglos de continuada experiencia.

En todas partes se descubre un tipo Americano distinto. La fisonomía de los restos de esqueletos, la arquitectura, las artes industriales y decorativas, todo muestra un desenvolvimiento Americano. Señalando las semejanzas con los tipos Mongoles, y con los dibujos y creaciones del Asia Oriental y del Egipto, debemos reconocer después de todo, que los habitantes de América eran genuinamente Americanos (distinctly

american). Sus diferencias con los Asiáticos, así con los del E. como con los del O., con los Africanos y con los Europeos, son mayores que sus semejanzas. Ellos forman un extenso ramal de la familia humana separado del tronco de sus antecesores en alguna remota edad, los cuales, como se hubiesen multiplicado gradualmente, y viniesen a ocupar esta parte del globo, intentarían vencer los obstáculos que les oponía la Naturaleza para llegar a ser amos y señores de los territorios.

¿Acaso es extraño que este pueblo comprometido como los del otro hemisferio en una lucha contra la Naturaleza, bajo condiciones geográficas y climatéricas similares, haya desarrollado conceptos religiosos, costumbres sociales y tipos artísticos semejantes a los de aquellos?

Los primeros Americanos no se diferenciaron grandemente de los primeros Asiáticos, de los Egipcios y aun de los primeros Europeos. Ofrecían incienso a sus dioses, pues creían que éste era el mejor medio para conseguir su socorro y cooperación; y cuidaban de sus propios jardines, y administraban sus propias heredades de una manera peculiar y característica; pero ellos desarrollaron muchas ideas propias, costumbres semejantes a las de sus contemporáneos del otro lado de los mares. ¿Y no es ésto lo que debía esperarse?

Todo lo que cultivó el pueblo, según lo dan a conocer su Arquitectura y su arte, lleva el sello de su individualidad y de la influencia de los fenómenos naturales del mundo occidental. Y sin embargo, al mismo tiempo, sus trabajos expresan las aspiraciones de toda las razas humanas, que tratan de resolver los misterios del Universo y de entender las relaciones que tienen con sus fenómenos.

Un campo para ulteriores exploraciones.

La América, en verdad, tiene una prehistoria que se extiende muy lejos en los primeros siglos del desenvolvimiento de la humanidad. Las huellas de su progreso y los éxitos alcanzados son tan interesantes e instructivos, como los obtenidos por las renombradas razas humanas del viejo mundo.

Si los gobernantes Españoles, que dirigieron los destinos de México en los primeros años después de la conquista, hubieran sido hombres de grandes energías

y de verdadera visión, la tarea de registrar estos períodos gloriosos y heroicos de la Historia del hombre en América, habría sido relativamente fácil.

El pueblo ha cumplido con su deber y ha hecho permanente registro de sus ideales y de sus hazañas en las varias naciones. Algunos sabios y honrados sacerdotes y monjes; estudiaron y tradujeron cuidadosamente muchos de esos anales, pero la intolerancia y la ignorancia confinaron esos manuscritos a las llamas, e hicieron volver a sus autores a Europa.

Sin embargo, la tarea, aunque más difícil ahora, nos pertenece a nosotros. El estudio de la Historia de la antigua América corresponde a los sabios Americanos, desde el Canadá hasta Chile, y es de esperarse que la inteligencia y la energía necesarias para realizar ta empresa, lleguen pronto.

Traducido directamente del inglés, por

ELÍAS ROBLEDO URIBE

¡AVE MARIA!

Nociones sobre creencias, usos y costumbres de los Catíos del Occidente de Antioquia.

(Continuación.)

Con *jagua*, se hacen unas pinturas, como especie de finísimos calados, de simetría admirable. Todo esto a pulso. De trecho en trecho intercalan líneas rojas hechas con *quija*. Ordinariamente pulen más la pintura de la cara. También usan pintarse los brazos y las piernas y aún la mayor parte del cuerpo.

Por mano de las dos indias, antes dichas, y así aderezadas, habían de hacerse los preparativos para el *desembruajamiento*. Estas tendrían que ir a coger ramas de cierto árbol, traer agua cenagosa, hacer la chicha para el jaibaná, moler y asar unas arepas para el mismo. Un día gastaron en tales faenas, silenciosas, serias y sin ocuparse en otras cosas. Mientras tanto el jaibaná improvisó un *chimiá egó barí* para sus muñecos. Por la noche hubo baile, música de pitos, atambores y tiples, y, sobre todo, embriaguez excesiva, principalmente de parte del jaibaná. No sabemos qué otras ce-